

LOS HAMBRIENTOS DE SEATTLE

«ACTUALMENTE, la nación más rica del mundo recibe ayudas caritativas del otro lado del Pacífico. Resulta grotesco. En veintisiete años de carrera política, jamás he sufrido una humillación semejante».

El humillado es el senador Warren Magnuson. Y el donante, el Japón; más exactamente, la Asociación Cristiana de Jóvenes, de Kobé. Este organismo acaba de enviar un donativa de quinientos kilos de víveres y una suma de mil dólares a unos americanos hambrientos.

gratuitas de víveres y de ayuda médica debía lógicamente sustituir al primitivo subsidio.

Decenas de millares de parados han logrado sobrevivir hasta ahora sólo gracias a los víveres que diariamente recolectan mil voluntarios entre el resto de la población. Estos víveres son distribuidos en cuarenta puntos diferentes de la ciudad, tres veces por semana, a interminables filas de indigentes. Muchas veces éstos guardan cola ante diferentes puntos de distribución, ya sea porque se agotan las existencias an-



Estos americanos no son esquimales, ni tampoco japoneses que viven en los Estados Unidos, sino obreros, ingenieros y cuadros despedidos hace ya dos años por los talleres Boeing, de Seattle, ciudad de 500.000 habitantes situada en el Noroeste de Estados Unidos. Seattle es una ciudad económicamente siniestrada. El índice de paro es allí de un 18 por 100. El centro de la ciudad, habitado por una mayoría de negros, cuenta con un 48 por 100 de parados, la mayoría de los cuales han perdido ya sus derechos al subsidio local. Por otro lado, la Casa Blanca ha bloqueado la ayuda federal que, en forma de distribuciones

tes de que esté servido todo el mundo, ya sea porque las raciones no bastan para alimentar a una familia.

Sin esos distribuidores —explica un ex director de la Boeing— estaríamos ya muertos de hambre. Llevamos meses sin probar la carne. Nuestra comidas habituales consisten en una conserva de potaje. Si en Navidad conseguimos llevarnos a la boca algo caliente, fue porque un vecino nuestro se ofreció a pagar la factura del gas.

Seattle es el principal puerto de embarque de los excedentes agrícolas americanos destinados al extranjero.



R. D. A.: EL FIN DE LOS TABUES

T RAS años de intensiva industrialización tendente a dar alcance e incluso superar a la República Federal, los dirigentes del Berlín Este se han dado cuenta de que la máquina estaba gri-

pada. Pues se ha desarrollado exageradamente la industria pesada, la construcción de ordenadores y la industria química en detrimento de la producción de bienes de consumo, con lo que se

ha provocado el descontento entre los obreros.

Por ello, el nuevo plan quinquenal da prioridad a la alimentación y a la vivienda. En efecto, en la R. D. A. hay una gran sed consumista.

La demanda de automóviles ha aumentado considerablemente. Incluso la televisión ha tenido que someterse a los gustos del público y, por vez primera, los cines del Berlín Este proyectan «My Fair Lady» y «Hello, Dolly!». En una palabra, la Alemania del Este, tan vinculada antaño a la ortodoxia socialista y, por ende, tan austera, se parece cada vez más a una típica sociedad de consumo.

La liberalización es sensible en otro plano: el nuevo responsable de la S. E. D., Erich Honecker, ha reconocido recientemente «que

si las bases del socialismo son sólidas, no tiene por qué haber tabúes ni en la literatura ni en las demás artes».

Los motivos de este cambio de actitud pueden ser diversos: deseo de reconciliar a los intelectuales con el régimen, voluntad de presentar a la R. D. A. como un país liberal en orden a acelerar su entrada en las Naciones Unidas. Lo cierto es que reina en el país un clima nuevo, hasta el punto de estarse produciendo acontecimientos realmente sorprendentes.

El poeta Reiner Kunze, sospechoso de oposición al régimen, ha obtenido permiso para publicar en la Alemania Occidental una colección de cuentos para niños. Otro poeta de talento, Peter Huchel, ha recibido autorización para emigrar a Italia. ■

GRAN BRETAÑA

UNA HUELGA SUICIDA

EN 1971, la huelga de los carteros británicos tuvo una duración de cuarenta y cuatro días. En 1972, la de los 280.000 mineros que hay en Gran Bretaña corre el riesgo de ser aún más dura y más larga. Y, sin embar-

go, se inicia bajo los peores auspicios. Desde hacía tiempo no se había registrado en el país un invierno tan benigno. Las existencias de carbón son considerables. Las repercusiones de la huelga sobre el público no se dejarán

sentir hasta dentro de algunas semanas. El Gobierno de Edward Heath puede tranquilamente y sin peligro alguno dejar que la situación se corrompa.

De todas formas es cada vez menor el número de hogares que utilizan el carbón como calefacción: la electricidad y el gas son más limpios y más cómodos. Por otro lado, el gas ya no se obtiene generalmente a partir del carbón, sino de los depósitos naturales del mar del Norte. Y las centrales térmicas que en la actualidad funcionan con carbón pueden reconvertirse para poder utilizar como combustible el petróleo.

La huelga de mineros no es, sin embargo, impopular. Son muchos los británicos que han leído las descripciones que hace D. H. Lawrence de las condiciones de trabajo en la mina. Es de todos sabido, por otro lado, que esas condiciones apenas si han sufrido variación desde el siglo XIX: la suciedad, la oscuridad, los accidentes, nada de esto ha pasado a la Historia.

Pero la simpatía no es suficiente. Hay que vivir. Mientras dure la huelga, los mineros no cobrarán un céntimo: la caja de la Federación de Mineros Británicos no ofrece indemnizaciones a sus miembros. Tampoco contarán los huelguistas con el apoyo de los demás Sindicatos, pues hace algún tiempo los mineros se negaron a plantear sus reivindicaciones conjuntamente con los demás asalariados del sector público, así como a participar en una ofensiva general contra la política salarial del Gobierno conservador.

Para colmo, la huelga —la primera desde la gran huelga general de 1926— se sitúa en un contexto de paro masivo. Cerca de un millón de británicos están sin trabajo. Algunos de entre los 289 pozos cerrados a raíz del estallido de la huelga estaban ya amenazados de cierre definitivo. Seguramente no vuelvan a abrirse más.

La regla de oro

En diez años, el número de puestos de trabajo en la industria del carbón ha disminuido en un 50 por 100, y los mineros, antaño privilegiados, son ahora los parientes pobres de la economía británica.

En estas condiciones, la huelga de mineros no deja de parecerse un movimiento suicida. Sus reivindicaciones no tienen ninguna probabilidad de verse satisfechas. Los huelguistas exigen un aumento salarial del 12 por 100. El Gobierno no les concederá en cualquier caso más del 7,9 por ciento.

Se trata para Edward Heath de una cuestión de principio. Si se quiere dominar la inflación hay que bloquear los salarios: es esta una regla de oro que los conservadores inscribieron en su programa al acceder al poder en 1970 y a la que se han mantenido siempre fieles. No es pura casualidad el hecho de que las huelgas más duras que se registran en Gran Bretaña estén relacionadas con el sector público. Negándose a ceder ante los Sindicatos, el Estadopatrono pretende predicar con el ejemplo. ■ MICHAEL DAVIE.



La huelga de mineros está lejos de ser impopular: todos los británicos han leído descripciones sobre la dureza y riesgo de su trabajo. En la foto, el cadáver de un minero, muerto con otros treinta compañeros en una mina de Gales (verano de 1965).